



#### YURI SLEZKINE

##### La casa eterna. Saga de la Revolución rusa

Acantilado, Barcelona, 2021, 1.628 pp.  
Tapa blanda. 46,00 €

Idioma: español (traducción de Miguel Temprano García del original inglés *The House of Government: A Saga of the Russian Revolution*, Princeton University Press, 2017)  
ISBN: 978-84-18370-22-9

JOSÉ LUIS OYÓN

Universitat Politècnica de Catalunya  
jose.luis.oyon@upc.edu

La resección de este monumental libro sobre la vida en la Casa del Gobierno de Moscú, el principal edificio residencial de la *nomenklatura* bolchevique en época de Stalin, responde al deseo de examinar aportaciones clave que, desde fuera de la historia de la arquitectura, del urbanismo o de la historia urbana se hacen en libros de historia sin adjetivos.

Slezkine, catedrático de historia rusa en Berkeley, teje un gigantesco fresco de la revolución bolchevique y del experimento soviético centrándose en las vidas de los residentes de la Casa del Gobierno. Apoyándose en cartas, entrevistas, cientos de fotografías y un exhaustivo examen de los riquísimos archivos rusos, en *La casa eterna* se entrelazan historias de vida, crítica literaria, historia de la arquitectura e historia de las religiones bajo la idea principal de que el bolchevismo debe ser examinado, al igual que el cristianismo o el islam, como un hito más de la historia de los milenarismos. El Libro Primero, “En marcha”, sitúa a los propagadores de “la fe” socialista del bolchevismo en la larga historia de los milenarismos. El proselitismo bolchevique se dirigía, aunque sus

predicadores fueran todos intelectuales, a los obreros industriales cuya agitación alumbraría el Gran Día de la redención universal. Se nos habla de la consumación efectiva de la revolución y de su llegada al poder tras el hundimiento del Estado zarista. La situación de incertidumbre ante la temprana desaparición del líder máximo en 1924 llevó a un cierre todavía mayor de los comportamientos de los bolcheviques con una férrea disciplina. La sumisión al Partido, la fe y el amor por los demás miembros tenían prioridad. Se dio por sentado que el matrimonio y la familia desaparecerían junto con la propiedad privada, las desigualdades y el Estado. Nada se dijo sobre un nuevo modelo soviético de familia, la educación de los hijos o la vida cotidiana privada.

El Libro Segundo, “En casa”, se adentra en el edificio de la Casa del Gobierno, el gigantesco complejo habitacional diseñado por Boris Iofan en 1928. Compuesto de altos bloques articulados entre sí a través de tres grandes patios, se definió como de tipo “transicional”: la parte pública (un gran club con cafetería, un teatro para 1300 espectadores, una biblioteca, varias docenas de salas para actividades varias y, pistas de tenis y de baloncesto, dos gimnasios; banco, lavandería, telégrafo, una estafeta, guardería, un ambulatorio, peluquería, tienda de comestibles, un gran almacén y un gran cine) se combinaba con una parte residencial que permitía una “vida familiar autónoma y circunscrita”, una concesión a la familia tradicional. En la parte residencial había siete unidades de diez u once pisos, con 24 accesos numerados y 505 apartamentos: 2655 residentes en 1935 y más de 800 como personal empleado. Cada apartamento tenía habitaciones amuebladas con grandes ventanales; una cocina con fogones de gas, conducto para la basura, extractor de humos y una cama plegable para la doncella; un baño con bañera, lavabo y retrete; teléfono y agua corriente fría y caliente. Los apartamentos de tres, cuatro, cinco y seis habitaciones formaban la gran mayoría. Todos tenían ventilación cruzada. La Casa del Gobierno era funcionalmente parecida a los edificios plurifamiliares burgueses. Era “transicional” también porque estilísticamente era tanto constructivista como neoclásica. En 1931 “los principales constructores del nuevo mundo empezaron a mudarse a su propia casa eterna”. Slezkine da información precisa de 115 de ellos. Tras recordar con Schlögel el Moscú proyectado por Stalin en 1937 como “centro del mundo”, el autor analiza la vida doméstica. Miembros su gran mayoría a la *nomenklatura*, las personas arrendatarias titulares de la Casa eran casi todos hombres. La mayoría eran antiguos funcionarios y “estudiantes” que habían ingresado en sectas socialistas cuando aún estaban en la escuela. Slezkine repasa después los interiores domésticos: el “despacho del padre”, centro simbólico del apartamento, los libros más comunes, las lámparas; el comedor, habitualmente separado; los cuartos de los niños; el cuarto de la criada. El personal al servicio de los residentes se encargaba de los servicios comunes. Cada entrada tenía tres guardias de control. La mayoría de hombres cabezas de hogar “rara vez pasaba tiempo en casa... su

fanatismo con el trabajo era legendario”. Las entendidas en las cosas bellas, del vestido, de la decoración doméstica eran las mujeres.

Slezkine nos informa sobre el uso masivo de la radio, los periódicos y libros más leídos, la afición a la fotografía y al ajedrez, las frecuentes visitas a los teatros o al parque Gorki. La mayoría de residentes adultos de la Casa llevaban una vida tranquila con sus familias, solo rota por los invitados ocasionales y las fiestas públicas bolcheviques. Rememorado con historias de vida y entrevistas a mujeres y niños de entonces, el análisis del descanso anual repasa las casas de reposo, sanatorios y dachas. En el capítulo dedicado a los parientes cercanos se nos informa de lo común que era tener uno o más parientes en primer grado en casa. Slezkine se adentra en lo que llama “trivialidad del mundo doméstico”, un mundo opaco, poco o nada definido o controlado por la doctrina bolchevique, un mundo caracterizado por el aburguesamiento de las costumbres y lecturas. Si algún modelo de familia existió fue el de la familia rusa aristocrática decimonónica. Los apartamentos tenían escasas relaciones entre ellos. Que la Casa fuera un lugar común y no una colección aleatoria de células familiares se debía a los niños, una infancia feliz, “soviética, urbana, novelesca y fervientemente patriótica” que se interrelacionaba en los patios, auténticos ejes sociales de la vida infantil.

El Libro Tercero “A juicio” analiza el terremoto que supusieron para muchos residentes de la Casa las purgas estalinistas a partir de diciembre de 1934. Las sectas milenaristas sienten que “cuanto mayor es la cohesión interna, más apremiante se convierte la búsqueda de chivos expiatorios”. Distintos capítulos van desgranando la admisión de culpabilidad de los acusados; la llamada de la policía a la puerta de la vivienda; los familiares que acogieron a hijos e hijas de los condenados; la pena capital. La última parte del libro explica cómo quedaron y qué sintieron los hijos de padres represaliados; la persistencia a pesar de todo de “la patria soviética” como gran familia para la mayoría. La mayoría de niños que expulsaron siguieron siendo niños de la Revolución. El retorno de los represaliados, especialmente para las mujeres, fue durísimo. A los jóvenes hijos de los antiguos “estudiantes” les fue mejor que a los hijos de los antiguos “obreros”, y a ambos mejor que a los hijos de los obreros que les habían servido dentro de la Casa. Después de una generación, concluye Slezkine, el bolchevismo murió. Los hijos de los creyentes bolcheviques no pudieron conservar la fe de sus padres: “desobedecieron la mayoría de sus mandatos e hicieron caso omiso de sus falsas afirmaciones y profecías fracasadas”.

[https://doi.org/10.26754/ojs\\_zarch/zarch.2023219781](https://doi.org/10.26754/ojs_zarch/zarch.2023219781)